



Martí

señala y nos vindica...

ANTE la infamia no esperó. Su réplica, tan precisa como inmediata, apenas demoró lo que tarda en elaborarse la edición impresa de un periódico. Si hubiera vivido en estos días de redes sociales e información instantánea, nuestro Apóstol, con la ira contenida y la verdad a flor de piel, además del profundo artículo dirigido a *The Evening Post*, hubiera realizado también un tuit, un reel en Instagram, un post en Facebook. Sin dudar.

Vindicación de Cuba, como se conoce el texto escrito por José Martí en marzo de 1889, en el que responde firme y mesuradamente a las ofensas de la prensa estadounidense contra los hijos de la nación antillana, constituye la más alta defensa de nuestra autoestima y dignidad nacional. «Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral», acentúa, y esclarece que no somos el pueblo de «vagabundos míseros y pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* de Filadelfia le place describir».

En su pensamiento, en medio del reposo turbulento que significaron los años de entreguerras, vibraba la gesta heroica de los próceres del 68, los que lo abandonaron todo, liberaron a sus esclavos y se lanzaron a la lucha por la independencia patria. Palpitaban en su mente también aquellos versos publicados a sus 16 años de que «¡rompe Cuba el dogal que la oprimía y altiva y libre yergue su cabeza!», las duras penas del presidio y el destierro, junto con los esfuerzos por unir medios y personas de bien por la justa causa de la libertad.

Latía indudablemente en su escrito el éxito alcanzado por miles de cubanos en muchas partes del mundo, sin cuya entrega hubieran sido irrealizables grandes proezas. Y todo lo argumenta con una mirada autóctona, descolonizadora, que va tejiendo un escudo ético-moral contra la perversidad, la farsa y el anexionismo.

En pleno siglo XXI, los cubanos sufrimos un ataque constante, cada vez más pérfido e inhumano, por quienes siguen viéndonos como seres inferiores e incapaces de valernos por nosotros mismos. Para ello emplean todos los medios al alcance, fundamentalmente las tecnologías de la información y la comunicación, entre las que cobran auge las redes sociales digitales.

El Primer Secretario del Comité Central del Partido y Presidente de la República, Miguel Díaz-Canel Bermúdez, nos ha llamado a participar en esos espacios y diariamente hacer allí «una Vindicación de Cuba, de la Cuba actual que resiste y crea bajo amenazas y tormentas».

En este material, además de la reproducción de la carta de nuestro Apóstol, aparecen dos artículos, uno firmado por Abel Prieto Jiménez, presidente de la Casa de las Américas y otro por Marlene Vázquez Pérez, directora del Centro de Estudios Martianos. En ellos se reflexiona sobre cómo podemos enfrentar la maquinaria de manipulación mediática a la que somos sometidos. Las propuestas que a partir de su estudio se realicen enriquecerán y le darán mayor valor a su contenido.

Sirva entonces este tabloide para el análisis, la preparación y actuación consecuente de cuadros, militantes del Partido y de la Unión de Jóvenes Comunistas y de todos aquellos que al leer estas páginas queden impregnados, desde los conocimientos y los sentimientos, con el patriotismo y la altura ético-revolucionaria del más universal de los cubanos, del que aprendimos —como dijera Fidel— el infinito valor y la fuerza de las ideas.

Vindicación de Cuba

(Traducido de la carta que publicó bajo ese título *The Evening Post*, de New York, del 25 de marzo)

Sr. Director de *The Evening Post*.

Señor:

Ruego a usted que me permita referirme en sus columnas a la ofensiva crítica de los cubanos publicada en *The Manufacturer* de Filadelfia, y reproducida con aprobación en su número de ayer.

No es este el momento de discutir el asunto de la anexión de Cuba. Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro donde los que guían la opinión comparten respecto a él las preocupaciones solo excusables a la política fanfarrona o la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como unapestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencias de la anexión, desearían ver la Isla

ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra, y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el trabajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros, como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y actividad poco común, se ven honrados donde quiera que ha habido ocasión para desplegar sus cualidades, y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían antes más que unas cuantas casuchas en un islote desierto; esos, más numerosos que los otros, no desean la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan.

Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norteamericana, como la gloria mayor de

la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito immoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting.

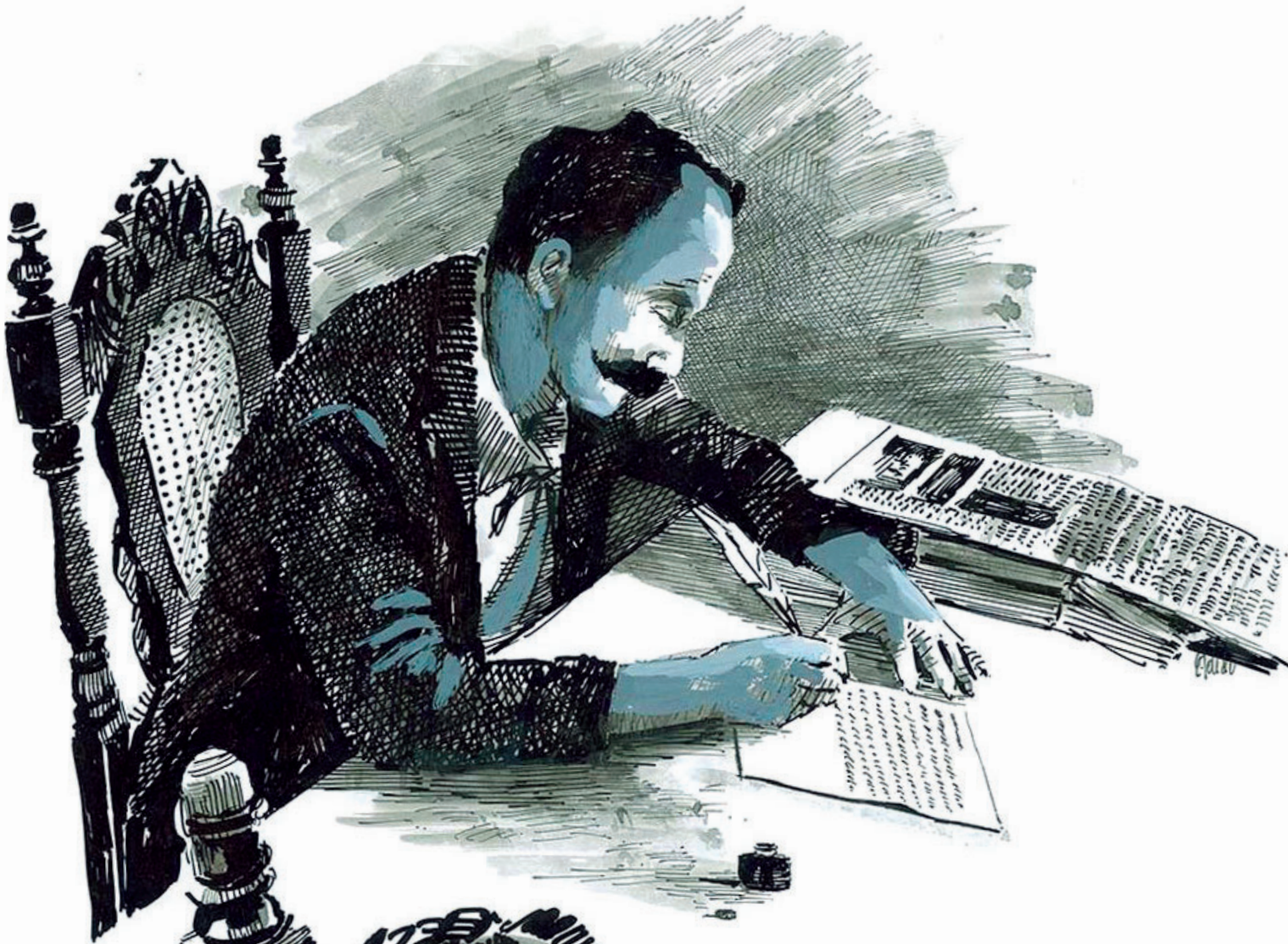
No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros o pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* le place describir; ni el país de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio, que, justo con los demás pueblos de la América española, suelen pintar viajeros soberbios y escritores. Hemos sufrido impacientes bajo la tiranía; hemos peleado como hombres, y algunas veces como gigantes para ser libres; estamos atravesando aquel período de reposo turbulento, lleno de gérmenes de revuelta, que sigue naturalmente a un período de acción excesiva y desgraciada; tenemos que batallar como vencidos contra un opresor que nos priva de medios de vivir, y favorece, en la capital hermosa que visita al extranjero, en el interior del país, donde la presa se escapa

de su garra, el imperio de una corrupción tal que llegue a envenenarnos en la sangre las fuerzas necesarias para conquistar la libertad. Merecemos en la hora de nuestro infortunio, el respeto de los que no nos ayudaron cuando quisimos sacudirlo.

Pero, porque nuestro gobierno haya permitido sistemáticamente después de la guerra el triunfo de los criminales, la ocupación de la ciudad por la escoria del pueblo, la ostentación de riquezas mal habidas por una miríada de empleados españoles y sus cómplices cubanos, la conversión de la capital en una casa de inmoralidad, donde el filósofo y el héroe viven sin pan junto al magnífico ladrón de la metrópoli; porque el honrado campesino, arruinado por una guerra en apariencia inútil, retorna en silencio al arado que supo a su hora cambiar por el machete; porque millares de desterrados, aprovechando una época de calma que ningún poder humano puede precipitar hasta que no se extinga por sí propia, practican, en la batalla de la vida en los pueblos libres, el arte de gobernarse a sí mismos y de edificar una nación; porque nuestros mestizos y nuestros jóvenes de ciudad son generalmente de cuerpo delicado, locuaces y corteses, ocultando bajo el guante que pule el verso, la mano que derriba al enemigo, ¿se nos ha de llamar, como *The Manufacturer* nos llama, un pueblo «afeminado»? Esos jóvenes de ciudad y mestizos de poco cuerpo supieron levantarse en un día contra un gobierno cruel, pagar su pasaje al sitio de la guerra con el producto de su reloj y de sus dijes, vivir de su trabajo mientras retenía sus buques el país de los libres en el interés de los enemigos de la libertad, obedecer como soldados, dormir en el fango, comer raíces, pelear diez años sin paga, vencer al enemigo con una rama de árbol, morir —estos hombres de diez y ocho años, estos herederos de casas poderosas, estos jovencuelos de color de aceituna— de una muerte de la que nadie debe hablar sino con la cabeza descubierta; murieron como esos otros hombres nuestros que saben, de un golpe de machete, echar a volar una cabeza, o de una vuelta de la mano, arrodillar a un toro.

Estos cubanos «afeminados» tuvieron una vez valor bastante para llevar al brazo una semana, cara a cara de un gobierno despótico, el luto de Lincoln.

Los cubanos, dice *The Manufacturer*, tienen «aversión a todo esfuerzo», «no se saben valer», «son perezosos. Estos «perezosos» que «no se saben valer», llegaron aquí hace veinte años con las manos vacías, salvo pocas excepciones; lucharon contra el clima; dominaron la lengua extranjera; vivieron de su trabajo honrado, algunos en holgura, unos



cuantos ricos, rara vez en la miseria; compraron o construyeron sus hogares; crearon familias y fortunas; gustaban del lujo, y trabajaban para él: no se les veía con frecuencia en las sendas oscuras de la vida: independientes, y bastándose a sí propios, no temían la competencia en aptitudes ni en actividad: miles se han vuelto a morir en su hogares: miles permanecen donde en las durezas de la vida han acabado por triunfar, sin la ayuda del idioma amigo, la comunidad religiosa ni la simpatía de raza. Un puñado de trabajadores cubanos levantó a Cayo Hueso.

Los cubanos se han señalado en Panamá por su mérito como artesanos en los oficios más nobles, como empleados, médicos y contratistas. Un cubano, Cisneros, ha contribuido poderosamente al adelanto de los ferrocarriles y la navegación de ríos de Colombia. Márquez, otro cubano, obtuvo, como muchos de sus compatriotas, el respeto del Perú como comerciante eminente. Por todas partes viven los cubanos, trabajando como campesinos, como ingenieros, como agrimensores, como artesanos. Como maestros, como periodistas. En Filadelfia, *The Manufacturer* tiene ocasión diaria de ver a cien cubanos, algunos de ellos de historia heroica y cuerpo vigoroso, que viven de su trabajo en cómoda abundancia. En New York los cubanos son directores en bancos prominentes, comerciantes prósperos, corredores conocidos, empleados de notorios talentos, médicos con clientela del país, ingenieros de reputación universal, electricistas, periodistas, dueños de establecimientos, artesanos. El poeta del Niágara es un cubano, nuestro Heredia. Un cubano, Menocal, es jefe de los ingenieros del canal de Nicaragua.

En Filadelfia mismo, como en New York, el primer premio de las Universidades ha sido, más de una vez, de los cubanos. Y las mujeres de estos «perezosos», «que no se saben valer», de estos enemigos de «todo esfuerzo», llegaron aquí, recién venidas de una existencia suntuosa, en lo más crudo del invierno: sus maridos estaban en la guerra, arruinados, presos, muertos: la «señora» se puso a trabajar: la dueña de esclavos se convirtió en esclava; se sentó detrás de un mostrador; cantó en las iglesias; ribeteó ojales por cientos; cosió a jornal; rizó plumas de sombrerería; dio su corazón al deber; marchitó su cuerpo en el trabajo; ¡este es el pueblo «deficiente en moral!».

Estamos «incapacitados por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía en un país grande y libre». Esto no puede decirse en justicia de un pueblo que posee —junto con la energía que construyó el primer ferrocarril en los dominios españoles y estableció contra un gobierno tiránico todos los recursos de la civilización— un conocimiento realmente notable del cuerpo político, una aptitud demostrada para

adaptarse a sus formas superiores, y el poder, raro en las tierras del trópico, de robustecer su pensamiento y podar su lenguaje.

La pasión por la libertad, el estudio serio de sus mejores enseñanzas; el desenvolvimiento del carácter individual en el destierro y en su propio país, las lecciones de diez años de guerra y de sus consecuencias múltiples, y el ejercicio práctico de los deberes de la ciudadanía en los pueblos libres del mundo, han contribuido, a pesar de todos los antecedentes hostiles, a desarrollar en el cubano una aptitud para el gobierno libre tan natural en él, que lo estableció, aun con exceso de prácticas, en medio de la guerra, luchó con sus mayores en el afán de ver respetadas las leyes de la libertad, y arrebató el sable, sin consideración ni miedo, de las manos de todos los pretendientes militares, por gloriosos que fuesen.

Parece que hay en la mente cubana una dichosa facultad de unir el sentido a la pasión, y la moderación a la exuberancia. Desde principios del siglo se han venido consagrando nobles maestros a explicar con su palabra, y practicar en su vida, la abnegación y tolerancia inseparables de la libertad. Los que hace diez años ganaban por mérito singular los primeros puestos en las Universidades europeas, han sido saludados, al aparecer en el Parlamento español, como hombres de sobrio pensamiento y de oratoria poderosa. Los conocimientos políticos del cubano común se comparan sin desventaja con los del ciudadano común de los Estados Unidos. La ausencia absoluta de intolerancia religiosa, el amor del hombre a la propiedad adquirida con el trabajo de sus manos, y la familiaridad en práctica y teoría con las leyes y procedimientos de la libertad, habituán al cubano para reedificar su patria sobre las ruinas en que la recibirá de sus opresores. No es de esperar, para honra de la especie humana, que la nación que tuvo la libertad por cuna, y recibió durante tres siglos la mejor sangre de hombres libres, emplee el poder amasado de este modo para privar de su libertad a un vecino menos afortunado.

Acaba *The Manufacturer* diciendo «que nuestra falta de fuerza viril y de respeto propio está demostrada por la apatía con que nos hemos sometido durante tanto tiempo a la opresión española», y «nuestras mismas tentativas de rebelión han sido tan infelizmente ineficaces, que apenas se levantan un poco de la dignidad de una farsa». Nunca se ha desplegado ignorancia mayor de la historia y el carácter que en esta ligerísima aseveración. Es preciso recordar, para no contestarla con amargura, que más de un americano derramó su sangre a nuestro lado en una guerra que otro americano había de llamar «una farsa». ¡Una farsa, la guerra que ha sido comparada por los observadores extranjeros a una epopeya, el alza-



miento de todo un pueblo, el abandono voluntario de la riqueza, la abolición de la esclavitud en nuestro primer momento de libertad, el incendio de nuestras ciudades con nuestra propias manos, la creación de pueblos y fábricas en los bosques vírgenes, el vestir a nuestras mujeres con los tejidos de los árboles, el tener a raya, en diez años de esa vida, a un adversario poderoso, que perdió doscientos mil hombres a manos de un pequeño ejército de patriotas, sin más ayuda que la naturaleza! Nosotros no teníamos hessianos ni franceses, ni Lafayette o Steuben, ni rivalidades de rey que nos ayudaran: nosotros no teníamos más que un vecino que «extendió los límites de su poder y obró contra la voluntad del pueblo» para favorecer a los enemigos de aquellos que peleaban por la misma carta de libertad en que él fundó su independencia: nosotros caímos víctimas de las mismas pasiones que hubieran causado la caída de los Trece Estados, a no haberlos unido el éxito, mientras que a nosotros nos debilitó la demora, no demora causada por la cobardía, sino por nuestro horror a la sangre, que en los primeros meses de la lucha permitió al enemigo tomar ventaja irreparable, y por una confianza infantil en la ayuda cierta de los Estados Unidos; «¡No

han de vernos morir por la libertad a sus propias puertas sin alzar una mano o decir una palabra para dar un nuevo pueblo libre al mundo!»! Extendieron «los límites de su poder en deferencia a España». No alzaron la mano. No dijeron la palabra.

La lucha no ha cesado. Los desterrados no quieren volver. La nueva generación es digna de sus padres. Centenares de hombres han muerto después de la guerra en el misterio de las prisiones. Solo con la vida cesará entre nosotros la batalla por la libertad. Y es la verdad triste que nuestros esfuerzos se habrían, en toda probabilidad, renovado con éxito, a no haber sido, en algunos de nosotros, por la esperanza poco viril de las anexionistas, de obtener la libertad sin pagarla a su precio, y por el temor justo de otros, de que nuestros muertos, nuestras memorias sagradas, nuestras ruinas empapadas en sangre, no vinieran a ser más que el abono del suelo para el crecimiento de una planta extranjera, o la ocasión de una burla para *The Manufacturer* de Filadelfia.

Soy de usted, señor Director, servidor atento, José Martí

New York, 21 de marzo de 1889. 120 Front Street

Volver sobre Vindicación de Cuba



por **Abel Prieto Jiménez***

HAN pasado 136 años desde que se publicó en *The Evening Post* la respuesta que dio Martí a los indignantes agravios contra Cuba y los cubanos, difundidos por ese periódico neoyorkino y por *The Manufacturer* de Filadelfia. Se tituló **Vindicación de Cuba**.

A pesar del tiempo transcurrido, este texto mantiene una vigencia indiscutible. Hoy, más de un siglo después de los agravios que Martí refutó, vivimos en un clima muy viciado, donde el diálogo se sustituye a menudo por el intercambio de ultrajes y se habla de «posverdad» para que nos habituemos a engaños y falsificaciones.

Y contra la Revolución Cubana, en particular, funciona una maquinaria implacable. En las redes sociales nos topamos —como señaló Díaz-Canel el pasado 21 de diciembre, en la clausura de la Asamblea Nacional— con «una avalancha de obscenidades, insultos, ofensas y mentiras, concebidas para denigrar a todo el que

asuma una responsabilidad dentro de la institucionalidad, incluso a todo el que decida vivir dentro del país sin denigrarlo».

Las voces que más duelen en el coro de los «odiadores» son las de aquellos que nacieron y se formaron en Cuba:

Da vergüenza ver a cubanas y cubanos, nacidos, crecidos y preparados profesionalmente aquí, cómo destilan odio, rabia y desprecio contra la nación que los formó, como si se sintieran parte del «Norte revuelto y brutal que nos desprecia».

Es doloroso y muy amargo descubrir en las redes a personas cercanas con las que compartimos muchos momentos (gratos o difíciles) que adoptan ahora un lenguaje de abierta hostilidad y hasta reclaman una intervención militar en Cuba. ¿Cómo se convirtieron en anexionistas? ¿Cómo pudieron acumular en tan poco tiempo tanto resentimiento?

A algunos los percibo como gente que ha asumido su nueva identidad sin hacerse preguntas, sin entender qué dejaron atrás, entregados a una euforia que suena falsa, a una algarabía que esconde un vacío. ¿Son «conversos» auténticos?

En realidad, son los nuevos anexionistas capaces «de insultar a los suyos por garantizar cobija bajo el ala del

águila que persigue y maltrata a sus compatriotas».

Díaz-Canel añadió que «nuestra Patria está necesitando en las redes sociales de hoy otra apasionada defensa del carácter, el valor y la moral de sus hijos» y nos convocó a hacer todos los días en el ámbito digital una «Vindicación de Cuba, de la Cuba actual que resiste y crea bajo amenazas y tormentas».

Confieso que este llamado tan transparente, tan lúcido y tan cargado de fervor patriótico de nuestro Primer Secretario y Presidente me llegó muy hondo y me puso a pensar. Me pregunté si lo que he podido hacer desde las redes cumple de algún modo con lo que nos está pidiendo. Creo, con honestidad, que ha sido insuficiente.

Traté de hacer un repaso de las últimas campañas que han fabricado y de las falsedades de toda índole que repiten con saña contra nosotros, para dividirnos, para sembrar la duda, la desconfianza, el pesimismo, la desilusión, para promover la emigración como única salida. Recordé las burlas para ridiculizar el sacrificio, la fe, la entrega de los hombres y mujeres que seguimos, contra viento y marea, «empujando un país».

También recordé el júbilo con que aplauden cada chisme imaginario, cada mala noticia, cada derrota deportiva, cada accidente, cada muerte de un cubano valioso, cada vez que alguien querido por el pueblo decide radicarse en el extranjero; el empeño que ponen en descalificar los esfuerzos que hace este país para sortear las trampas de una guerra económica sin piedad, sin cuartel; y los mensajes que pretenden legitimar la teoría de que Cuba es un «Estado fallido».

Martí puso en duda, en 1889, que pueda ser partidario del anexionismo un cubano «que tenga en algo su decoro». Al propio tiempo, aseguró que los cubanos «hemos peleado como hombres, y algunas veces como gigantes, para ser libres». Así, de este modo, como hombres, «y algunas veces como gigantes», ha peleado nuestro pueblo en estos tiempos difíciles y lo seguirá haciendo.

A esa vocación por vencer el Imposible, como decía Cintio Vitier, hay que añadir esta batalla en las redes, contra el odio, contra la mentira, por la Patria, a la que nos convoca nuestro Primer Secretario y Presidente.

***Presidente de la Casa de las Américas**

Una relectura necesaria



por **Marlene Vázquez Pérez***

EN los días que corren estamos escuchando constantemente de campañas mediáticas, *fakes news*, o noticias falsas, falsos positivos, entre otros términos afines a la industria de la información, o de la desinformación: todo depende del color del cristal con que se mire el asunto.

Los actuales medios de comunicación masiva, con su capacidad para difundir noticias en pleno desarrollo, su alcance planetario en tiempo real, la nitidez de sus imágenes, se han convertido en un caldo de cultivo excepcional para cuajar el afán guerrillista de los círculos de poder internacional, especialmente de los radicados en Estados Unidos.

Precisamente el próximo 25 de marzo se cumplen 136 años de **Vindicación de Cuba**, ese documento paradigmático del patriotismo y el antimperialismo de José Martí. Surgió al calor de las afirmaciones denigrantes de la prensa estadounidense respecto a la nacionalidad cubana, contenidas en dos artículos que mal enmascaraban sus apetitos anexionistas hacia la Mayor de las Antillas. Ellos fueron *Do we want to Cuba? (¿Queremos a Cuba?)*, publicado el 16 de marzo de 1889 en *The Manufacturer*, de Filadelfia, del que se haría eco *The Evening Post*, de Nueva York, el 21 del propio mes y año, con *A protectionist view of Cuban annexation (Una opinión proteccionista sobre la anexión de Cuba)*. La carta respuesta de José Martí a Edwin L. Godkin, director del rotativo neoyorquino, está fechada dos días después, y fue concebida y redactada en inglés, para que su contenido llegara a los lectores estadounidenses. La prisa en responder da fe de la importancia que el prócer cubano concedió al asunto. La moderación en los juicios,

la argumentación sólida, y la capacidad para expresarse en una lengua en la que no se sentía totalmente cómodo, sin perder su natural estro poético, demuestran su entereza de carácter y su genio creador en literatura y en política. Tan grave era el hecho, y tan urgente la necesidad de difundirlo, que Martí no solo lo hizo llegar a los lectores norteamericanos, sino que tradujo inmediatamente al español los dos artículos ofensivos y su respuesta, y ya el 3 de abril circulaba en la urbe norteaña su folleto *Cuba y los Estados Unidos*. Pocos días después ya se leía en La Habana.

Era necesario desmentir las falaces acusaciones, pues según los proteccionistas filadelfianos, independientemente de las apetecidas riquezas de Cuba y su privilegiada posición geográfica, lo peor eran sus habitantes, tildados de inferiores, holgazanes, indignos, incapaces, y hasta poco amantes de la libertad, ya que en su criterio no habían tenido el valor de emanciparse de España. En este punto coincidían con sus adversarios políticos, los librecambistas neoyorquinos que se expresaban a través de *The Evening Post*, y que supuestamente eran más liberales, más amigos de los necesitados. Tal era la coincidencia, que el rotativo neoyorquino hizo suyas las palabras injuriosas de *The Manufacturer*. No había nada que esperar del poderoso vecino. Los rivales estaban de acuerdo en que Cuba, aun con sus muchos atractivos, no merecía pasar a formar parte de la Unión Americana por la inferioridad de sus nacionales.

Ante tanta ignorancia, altanería y desprecio, Martí despliega una estrategia inteligente: lo fundamental no era discutir o no el tema de la anexión de Cuba, sino de reivindicar el honor nacional, ultrajado por esas afirmaciones irrespetuosas. El objetivo fundamental del folleto *Cuba y los Estados Unidos* era dar a conocer entre los cubanos y los emigrados de habla hispana asentados en el norte la verdad de aquella campaña, y por tanto era necesario asegurarse la atención cuidadosa de los lectores.

El tono un tanto neutro del inicio está dirigido a no ofender directamente a los anexionistas, entre los cuales había entonces cubanos honestos, que tal vez por exceso de fe en el desarrollo económico del Norte y en su tradición democrática, o por ignorancia de su historia reciente, admiraban excesivamente a aquel país y anhelaban para Cuba condiciones de vida y estatus político semejante. Es más bien un llamado a la reflexión, pues los más ingenuos seguramente no habían pensado jamás en la posibilidad de ser despreciados.

Todos los argumentos de Martí se dirigen, como puede apreciar fácilmente el lector, a desmontar la supuesta incapacidad de valerse de los cubanos, su inutilidad y falta de preparación ciudadana. Y es que si esos criterios ganaban fuerza, le seguirían, obviamente, la difusión de la incapacidad para autogobernarnos, y la necesidad de que los Estados Unidos, convertidos en ángeles salvadores, vinieran a proteger los intereses de los ciudadanos cubanos y a regir el destino de la Isla.

Desgraciadamente, la historia le dio la razón a Martí. En 1889 los Estados Unidos no consiguieron que España les vendiera la joya de su corona, pero en 1898, intervinieron en la guerra entre la colonia y la metrópoli, ambas desgastadas por la contienda, y finalmente lograron frustrar en aquel momento los anhelos independentistas de los cubanos. Fue muy fácil para el ávido vecino convertirse en triunfador en la primera guerra imperialista de la historia.

Todo lo comentado hasta aquí es historia conocida, ciertamente. Pero conocer el pasado nos puede ofrecer claves para entender el presente, y aun el futuro de nuestra América, y de Cuba como parte inseparable de ella. Solo las respuestas enérgicas y oportunas, como lo fuera en su momento **Vindicación de Cuba**, y las acciones serenas que imponen respeto, pueden salvar a la patria grande, y por qué no, a la Humanidad. **(Fragmentos)**

***Directora del Centro de Estudios Martianos**